

CESEDEN

**LOS JUDÍOS SOVIÉTICOS Y LAS IMPLICACIONES
EN SU EMIGRACIÓN MASIVA A ISRAEL**

D. JULIÁN PEÑAS MORA
Colaborador IEEE.

LOS JUDIOS SOVIÉTICOS Y LAS IMPLICACIONES DE SU EMIGRACIÓN MASIVA A ISRAEL

El antisemitismo en la URSS

El problema judío en la URSS presenta como nota fundamental su antisemitismo, a pesar de las condenas explícitas y oficiales de esta actitud, como se ha podido comprobar en esta época de *glasnost*, en la que la sombra de los *pogroms* ha planeado sobre algunas regiones y en determinados momentos.

Los primeros rumores de *pogroms* empezaron a circular durante el verano del año 1988, con motivo de la celebración del milenio cristiano; continuaron en la primavera del año siguiente, en Ucrania; y suguieron durante el verano, cuando aparecieron en la prestigiosa publicación moscovita *Argumentos y hechos*, del día 19 y 25 de agosto del año 1989, informaciones sobre tipo de rumores así como la noticia de que el Ministerio del Interior había tomado medidas adecuadas a la situación.

Simultáneamente, en el periódico de las juventudes, *Komsomolskaia Pravda*, del día 22 de agosto, aparecía una nota tranquilizando a sus lectores y restando fundamento a tales rumores. Mientras tanto, el periódico de la ciudad de Kurk, *Kurskaia Pravda*, calificaba los rumores de *pogroms* de instrumento destinado a sembrar el pánico y la inseguridad entre la población judía. Por su parte, el *New York Times*, del día 2 febrero del año 1990, informaba que las autoridades de Odessa habían publicado una nota advirtiendo que el fomento del odio racial constituía un delito, castigado con prisión, añadiendo que una ola de temores y rumores de *pogroms* se había extendido por toda la comunidad judía-soviética. El día 14 de febrero del año 1990, la publicación soviética *Trud* informaba del estallido de disturbios antisemitas en la ciudad de Jakov (Ucrania), donde unos veinte judíos fueron atacados físicamente. Y, según manifestaron los mismos interesados, el día 5 de marzo de este mismo año, XXVII aniversario de la muerte de Stalin, la colonia judía vivió una jornada de terror a causa de la amenaza del movimiento *Pamiat*, nacionalista y antisemita, de que tendría lugar un gran *pogrom*.

Por último, hay que resaltar las conclusiones extraídas por Grigori Kanovich, destacado escritor judío de Vilna, miembro del Congreso de Diputados Populares, en un artículo publicado en *Komsomolskaia Pravda*, del día 5 de octubre del año 1989, donde, después de afirmar que la intolerancia y la hostilidad dominaban una atmósfera de sospecha y desconfianza, se preguntaba si podía continuarse con una situa-

ción donde se carecía de garantías a largo plazo, que aseguraran una existencia tranquila e igual para todos los ciudadanos.

Junto a esta opinión de un importante miembro de la comunidad hebrea son de destacar las respuestas dadas, en diciembre del año 1989, por los delegados y asistentes al Congreso de comunidades y organizaciones judías, a la pregunta de si habían comprobado una corriente de antisemitismo, en los últimos seis meses, en su zona de residencia, se manifestaron así:

- Treinta y cinco por 100, muy frecuentemente.
- Treinta y ocho por 100, a veces.
- Veinticinco por 100, raras veces o nunca.

Por su región de origen, los mayores temores de antisemitismo los expresaron los delegados de las principales comunidades, y así consideraron posible un rebrote de la fobia judía:

- Noventa y cuatro por 100 de los leningradienses.
- Setenta y dos por 100 de los moscovitas.
- Veintinueve por 100 de los centroasiáticos.
- Veinticinco por 100 de los caucásianos.

Resumiendo, se puede afirmar que el millón y medio de judíos que actualmente existen en la URSS, si bien gozan, desde el año 1948, de más libertad cultural y religiosa que en ningún otro momento, se consideran asimismo más vulnerables que en ninguna otra ocasión habida desde las campañas antisemíticas lanzadas por Stalin, cuadro 1.

Consecuencia de esta situación es el número creciente de judíos que optan, en la actualidad, por abandonar la URSS.

Cuadro 1.—Población judía en la URSS y su distribución (según el censo del año 1989).

<i>Repúblicas</i>	<i>Población</i>
República Federada Rusa	550.709
Ucrania	486.628
Bielorrusia	111.975
Uzbekistán	94.689
Kazajstán	19.684
Georgia	24.720
Azerbaiyán	30.792
Lituania	12.390
Letonia	22.900
Estonia	4.630
Moldavia	65.799
Kirguizatán	6.013
Tadyijistán	14.766
Armenia	720
Turkmenia	2.478
TOTAL.	1.448.893

Antecedentes históricos

Es difícil cuantificar el antisemitismo en las diferentes épocas históricas, pero lo cierto es que se trata de un fenómeno profundamente arraigado en algunos sectores de la sociedad, hoy soviética, y antes rusa.

Primeramente, la iglesia ortodoxa rusa identificó a los judíos como enemigos de Cristo, al que habían dado muerte. Después, el Estado, en íntima relación con la iglesia, prohibió legalmente, hasta el año 1772, que los judíos pudieran establecerse en el imperio ruso, momento en que tuvo lugar una de las particiones de Polonia, de la que correspondió a Rusia la parte oriental del territorio polaco, en el que una gran parte de la población era judía, cuyos componentes se encontraron por este procedimiento convertidos en súbditos del emperador zarista. Pero, esta masa de población quedó confinada en las quince antiguas provincias de origen lituano y polaco, donde al empezar el siglo XIX vivía el 97 por 100 de la totalidad del núcleo judío ruso.

Por entonces, se llegó a fijar un número limitado de judíos que podían acceder a la educación superior y se les prohibió disfrutar de la propiedad de tierra, con algunas raras excepciones a favor de un reducido grupo de favorecidos por los zares. También quedaron excluidos de actividades en la industria pesada, que empezaba a desarrollarse en el siglo XIX. Y totalmente del cuerpo de oficiales, y lo mismo del funcionariado civil y estatal. Esta situación, unida a los programas que siguieron al asesinato del zar Alejandro II, en el año 1881, explica que entre este año y el año 1914, unos dos millones de judíos abandonaran el imperio ruso, encaminándose a Europa occidental y los EE.UU.

Con el triunfo de los bolcheviques terminó la discriminación legal contra los judíos, al recibir todos los grupos étnicos los mismos derechos y oportunidades. Es más, llegó a producirse el apoyo de los judíos a los triunfadores a causa de los *pogroms* ejecutados contra ellos por los antibolcheviques.

De esta manera surgieron nuevas oportunidades para su desarrollo profesional y educativo, pasando muchos de ellos a engrosar las filas del PC, en el que debido a su nivel educativo ocuparon buena parte de los puestos dejados vacantes por los intelectuales de la Rusia zarista. Es un hecho sabido que, hasta las depuraciones de los años 1930 a 1940, los judíos ocuparon puestos destacados en la policía y en las mismas Fuerzas Armadas.

La ocupación alemana reforzó los sentimientos antisemitas, exacerbados mediante una campaña de propaganda organizada, cuyo mensaje era el de que los alemanes habían venido a liberar a los soviéticos del sistema judebolchevique. Después de la guerra, en la que murieron en combate unos cuantos cientos de miles de judíos, a los que hay que añadir el millón y medio que se estima lo fueron directamente a manos de los alemanes, Stalin les acusó de deslealtad al régimen y al país, llegando, en el año 1948, a la clausura de todas las instituciones culturales, sin respetar una sola escuela, teatro o editorial, produciéndose la detención de sus dirigentes políticos o culturales.

Poco después, se anunció la "conjura de los doctores", en la que como se recordará se acusó a médicos judíos de ser causantes de la muerte de algunos dirigentes soviéticos preeminentes. Esto exacerbó los ánimos de buena parte de la población contra ellos, que llegó a someterlos a ataques físicos y verbales.

A pesar de que a la muerte de Stalin desaparecieron las manifestaciones externas de antisemitismo, los judíos siguieron excluidos de los puestos relevantes del partido y del Gobierno, así como de la dirección de grandes empresas e institutos de investigación, del Ministerio de Asuntos Exteriores, de los servicios secretos y sin posible acceso a las Academias militares. Su último refugio fueron las ciencias, lo que explica la elevada proporción de ingenieros, técnicos y científicos que se encuentran entre los emigrantes judíos de la actualidad.

En la campaña que, entre los años 1957 y 1964, se llevó a cabo contra la religión, también le tocó una buena parte al judaísmo, aunque la mayoría de los judíos soviéticos habían dejado ya de ser practicantes de su credo religioso. Y aunque el entonces presidente del consejo de ministros, Kosigin, dijera en el año 1967, que no existía antisemitismo en la URSS, los encuentros realizados entre emigrantes de la URSS demostraban sentimientos muy distintos, como lo muestra la efectuada en los años 1980-1981, entre un grupo de 1.161 ex ciudadanos soviéticos que, en los años 1977 al 1980, se había establecido en Israel y los EE.UU, cuadro 2.

Cuadro 2.—*Antisemitismo soviético, en tanto por 100.*

<i>Repúblicas</i>	<i>Frecuentemente</i>	<i>A veces</i>	<i>Raras veces</i>	<i>Nunca</i>
Rusia	33,2	40,4	21,2	4,1
Ucrania	38	31,9	16,9	12,7
<i>Países bálticos</i>	26,8	36,9	22,3	11,5
Moldavia	25,2	37,4	18,3	18,3
Georgia	6,3	20,5	30,4	40,2
Asia central	13,1	34,5	31,3	19,2

Respecto al judaísmo institucional hay que decir que, después de la Segunda Guerra Mundial, sólo se conservaron restos del sistema, como lo prueba el que, según datos obtenidos de la conferencia internacional sobre judaísmo, celebrada en Nueva York en el año 1975 en aquella fecha, sólo se conocía la existencia de sesenta y dos sinagogas que bajaron a cincuenta y siete en el año 1980, según datos de la conferencia mundial, celebrada en Londres. Para el año 1986, el órgano oficial soviético para asuntos religiosos daba un total de ciento nueve comunidades activas de judíos, que habían visto reducir su número de las ciento setenta que existían en el año 1961. Aunque, de todas formas, estos datos parecen estar algo exagerados.

Y si bien el Estado de Israel ha ejercido una gran influencia en la percepción por los judíos soviéticos de su propia identidad como nación, que ha hecho de las sinagogas un lugar de encuentro donde manifestar sus sentimientos los días de las principales fiestas judías, no hay que creer por ello que estos actos se traducen en un resurgimiento de la religiosidad, que sigue estando a un nivel muy bajo. En efecto, los creyentes judíos de la URSS, en el año 1980, eran poco más del 3 por 100 de la totalidad del grupo étnico, mientras que un estudio efectuado en el año 1976 situó este porcentaje en el 7 por 100, al mismo tiempo que reflejaba que el 51 por 100 de los 1.215 judíos encuestados observaban algunas de las fiestas propias de su religión.

El problema de las relaciones URSS-Israel y la emigración de los judíos soviéticos

Si bien la libertad de emigración reconocida a los judíos de la URSS ha iniciado el proceso de normalización diplomática de Israel con los países del centro y este eu-

ropeo, cuyas relaciones se interrumpieron con motivo de la guerra de los "Seis Días", la URSS no tiene aún relaciones diplomáticas oficiales con el Estado judío, aunque parece ser que entre Moscú y Jerusalén existe el acuerdo tácito de no hacer de estas relaciones una condición *sine qua non* para cualquier clase de diálogo.

Por parte israelí se está dispuesto a este juego si con él se pueden salvar las críticas árabes a cualquier decisión de la URSS en el frente diplomático oficial que afecte a las relaciones con el Estado judío que, por otra parte, sustenta el claro criterio de que si Moscú desea tomar parte activa en el proceso de paz en el Oriente Medio es preciso, primeramente, normalizar las relaciones diplomáticas, elevándolas a nivel oficial.

Si bien la emigración de los judíos soviéticos hacia Israel es, esencialmente, un problema interno de la URSS, salvando las consecuencias de su absorción por Israel, el mantenimiento de la ocupación de los territorios palestinos por el Estado judío ha dado a esta emigración un aspecto internacional particularmente sensible. Considerada como expresión de la voluntad del Gobierno israelí de utilizar a los judíos procedentes de la URSS como medio de poblar dichos territorios ocupados, la conocida declaración de Shamir sobre la "gran inmigración por el gran Israel" ha provocado, aparte las protestas del mundo árabe, nuevas tensiones en las relaciones soviético-israelíes. La posición de la URSS sostiene que el Gobierno de Israel debe comprometerse, inequívocamente, a no estimular a los nuevos inmigrantes a instalarse en las regiones de Cisjordania y Gaza donde actualmente, más del 50 por 100 de los territorios de la primera, y del 30 por 100 de la segunda, han sido ya expropiados para entregarlos a colonos israelíes. Y, añade que, si se cumple esta exigencia, estaría dispuesta a asegurar el enlace aéreo directo con Israel empleando los medios de la línea *Aeroflot*. Tras las declaraciones de Shamir, ha quedado sin ratificar el acuerdo al que previamente se había llegado sobre este tema.

Según cálculos israelíes, a todas luces exagerados, se espera la llegada, en cinco años, de más de 500.000 personas procedentes de la URSS, que aceptando el número de 300.000 como cifra más realista, a razón de 150.000 dólares que podría suponer el coste del establecimiento de una persona en el país de destino resultaría un coste total de 15.000 millones de dólares por la totalidad de los que se espera acoger.

En estos años de finales del siglo XX, la emigración masiva hacia Israel de judíos soviéticos, tanto por su cuantía como por su implicaciones en la política internacional y nacional israelí constituye un acontecimiento de primer orden que, lejos de estar influenciado por una dinámica ideológica representa para el judío soviético un medio de salir hacia el extranjero, donde se le garantice un futuro mejor. Indudablemente en su mayor parte preferirían emigrar a los EE.UU., pero esta posibilidad aparece cada día más limitada para los procedentes de la URSS, a pesar del reciente aumento de las cuotas de emigración fijadas por las autoridades norteamericanas para la totalidad de los pertenecientes a la etnia judía.

El hecho es que, después del flujo migratorio que se registro entre los años 1948 y 1951, cuando 686.739 personas entraron en Israel, sin duda alguna la llegada de judíos actualmente residentes en la URSS se convertía en la corriente migratoria más importante recibida en el país, desconociéndose en la actualidad las cifras reales en que se sitúa este movimiento, que está en pleno desarrollo, porque el tratamiento de censura militar que aplica Israel a toda información referente a este tema, impobilita la posesión de datos que ofrezcan fiabilidad.

El censo oficial de la URSS daba la cifra de 1.811.000 judíos para los residentes de esta etnia que vivían en esta nación. Esta cifra ha quedado reducida a 1.450.000 que le asigna el censo del año 1989. Sin embargo, el número real estimado extraoficialmente puede ser de 2.600.000, del que se calcula que, aproximadamente un millón tiene presentada su petición de visado de salida en las oficinas soviéticas de emigración. En el año 1988, fueron autorizados a abandonar la URSS unos 20.000 judíos, de los que sólo se dirigieron unos 2.000 a territorio israelí, habiendo preferido los restantes 18.000 instalarse en los EE.UU., decidiéndose por el sueño americano frente al paraíso sionista, dada su falta de motivaciones y la ausencia en ellos de la cultura judía, provocada por la prohibición legal, hasta fecha reciente, del estudio y enseñanza hebreo en la URSS. Frente a esta circunstancia se observó que los que se dirigen a Israel lo hacen con el propósito de permanecer en este país, como muestra el hecho de que de los 170.000 judíos que llegaron de la URSS, a la terminación de la guerra de los "Seis Días", aún siguen viviendo allí el 93 por 100 de los inmigrados.

Al siguiente año de 1989, las salidas de la URSS fueron de 62.000 judíos, de los que se encaminaron a Israel un contingente estimado en 11.700 personas. Durante los once primeros meses de dicho año, Israel vio llegar cerca de 9.000 inmigrantes, de los 62.000 que abandonaron la URSS; es decir, poco más del 14 por 100, aprovechando los restantes el visado concedido, que se obtiene en el consulado holandés en Moscú, sólo como un medio para salir de la URSS para después, en lugar de seguir hasta Israel, detenerse en Viena o Roma y presentar su petición de entrada en los EE.UU. en el consulado norteamericano. En sus gestiones y tiempo de espera se encontraban ayudados por una organización judía, denominada Sociedad de Ayuda al Inmigrante Judío (HIAS). Pero, a partir del mes de diciembre del mismo año 1989, la mayor parte de los judíos soviéticos que salieron de la URSS se dirigieron a Israel porque poco antes, los EE.UU. habían decidido no atender las peticiones de emigrantes judíos cursada en Viena o Roma, excepto las presentadas por quienes tenían visados de salida de la URSS obtenidos con anterioridad al 1 de octubre del año 1989.

Es sabido que desde hacia más de quince años, Israel presionaba a las autoridades de los EE.UU. para que adoptaran esta decisión, e igualmente a la organización HIAS para que dejara de ayudar a los que aspiraban a entrar en Norteamérica, confiando así que los judíos soviéticos que salieran de la URSS no tuvieran otra alternativa más que emigrar a Israel. En este mismo sentido, el presidente de la Comisión de Emigración del Parlamento judío llegó a decir, en el mes de marzo del año 1990, que HIAS era un cáncer que le había nacido al cuerpo del sionismo.

Al término del año 1989, las limitaciones impuestas por los EE.UU. hicieron que la totalidad del flujo migratorio se canalizará hacia Israel, calculándose que la llegada de inmigrantes judíos soviéticos, en el año 1990, estuvo próxima a los 200.000. Esta cantidad representó un incremento aproximado del 5,5 por 100 del total de la población israelí que, en el año 1988, era de 3.600.000 judíos y de 800.000 árabes-israelíes, descontada la población de Cisjordania y Gaza, cifrada en 1.500.000 de habitantes.

Así pues, si ese supuesto millón de peticiones de visados en la URSS si se atendiesen en su totalidad, se produciría un incremento del 28 por 100 de la población total de Israel, lo que da idea de la magnitud del problema que representaría la acogida y la integración de esa masa demográfica, que supera a todo precedente, cuadro 3.

Cuadro 3.—Inmigraciones en Israel, en diferentes épocas.

Años	Población inmigrante
1948-1951	686.739
1969-1972	172.372
1961-1964	228.046
1955-1957	164.936
1965-1968	81.337
1976-1978	46.952
1985-1988	35.000

Se podría pensar que, de ese millón de posibles emigrantes, muchos de ellos permanecerían en Israel después de entrar en el país, porque ¿dónde podría ir dada la tendencia actual, predominante en los distintos Estados a cerrar sus fronteras a la inmigración?

Repercusiones en Israel de la inmigración judeosoviética

Políticas

En primer lugar, se plantea el dilema de cuál será la inclinación política que muestran los inmigrantes respecto a las corrientes que actualmente dominan el espectro israelí. Se puede prever que su falta de preparación y sentido religioso de la vida, así como la falta de motivación espiritual en su decisión de emigrar a Israel no los acercarán a partidos políticos animados por los principios del judaísmo, en cuanto religión. Habrá que tener en cuenta la experiencia negativa adquirida en el decenio de 1980 con los judíos procedentes de Etiopía que eran apenas sensibles, prácticamente, causas semejantes, a las llamadas hechas por los partidos políticos muy teñidos de religiosidad.

Por otro lado, hay que prever también que estos nuevos inmigrantes no se sentirán muy inclinados por todo aquello que presente tintes de economía socialista, ni tampoco por integrarse en un *kibutz* u otra forma de vida colectivizada, por lo que sentirán verdadera aversión, y que pensarán haber dejado para siempre en el olvido de su reciente pasado. Lo que no autoriza para pensar que la atracción vendrá de los partidos de la derecha nacionalista, precisamente por el radicalismo de los movimientos nacionalistas y las exigencias que hacen pesar sobre sus militantes, entre las cuales, frecuentemente, aparecen las que imponen una política de intervencionismo bélico. Queda abierta pues una oportunidad para los partidos liberales y centristas que, aunque hoy en día carezcan de un gran protagonismo en la vida nacional israelí puede que, con motivo de la llegada de este nuevo contingente de inmigrantes soviéticos, se encuentren ante una ocasión única para ocupar este lugar, hoy vacío, del espectro político.

A pesar de la existencia de las incógnitas señaladas, en Israel domina la impresión general de que la verdadera beneficiada será la propia democracia que, en esta ocasión, se sirve claramente de las circunstancias demográficas particulares creadas por esta oleada de inmigrantes sobre las que existen actualmente en el Estado de Israel. En efecto, en este país, a la vista de las tasas de natalidad actuales de las poblaciones judía y árabe que conviven en Israel, a principios del próximo siglo, el núcleo judío se verá en inferioridad numérica ante el árabe.

Según el anuario del año 1988, editado por la oficina central israelí de estadística, entre los 700.000 árabes que vivían en el interior de la "línea verde" que marca la frontera existente antes de la guerra de los "Seis Días", la tasa de fertilidad fue del 4,63 por 1.000, mientras entre los 3.500.000 judíos allí establecidos era del 2,78 por 1.000. Las consecuencias de esta desigualdad son las que los judíos tienen bien presentes constantemente, consideradas como una verdadera tragedia, y que se presentarán materializadas dentro de pocos años, a menos que tenga lugar la anunciada inmigración masiva de judíos que actualmente residen en la URSS.

Podría esperarse que Israel, considerándose seguro demográficamente después de la llegada de los judeosoviéticos, incluso desde el punto de vista de la Defensa nacional, se transformase en un interlocutor más flexible a la vista de las próximas negociaciones de paz en la zona. Pero, hay varias razones que igualmente, parecen jugar para oponerse a este optimismo y a las posibilidades de conseguir una paz duradera, fundamentada en la convivencia y coexistencia de dos Estados: una, el de Israel, limitado por las fronteras de mayo del año 1967; otra el de Palestina formada por los territorios de Cisjordania, incluido el este de Jerusalén, y de Gaza, ocupados en junio del año 1967.

Una de estas razones es que la inmigración haga multiplicar la implantación inmediata de colonias en Cisjordania y Gaza, lo que afectaría directamente a la base geográfica de un futuro y posible Estado palestino, al mismo tiempo que estimularía las expulsiones de palestinos hacia Transjordania o el Líbano, sin olvidarse del hecho de que haría inaceptable, en las nuevas circunstancias, a los ojos del pueblo israelí las perspectivas de evacuación voluntaria de las regiones ocupadas.

Otra razón reside en la influencia que ejercerá esta nueva ola de inmigrantes judeosoviéticos sobre la situación política interna del Estado de Israel, donde desde hace años el sistema no acaba de encontrar una dirección, legalmente elegida, y suficientemente fuerte, con capacidad para la toma de decisiones. En la controversia existente entre laboristas y partidarios del Likud, uno de los argumentos esgrimidos por los primeros, en estos últimos años, o al menos por los que componen su ala izquierda, consiste en afirmar que si no se produce un milagro, cosa muy improbable, dicen, la continuidad de la ocupación de Cisjordania y Gaza hará que, hacia el año 2010, los árabes que viven en la antigua Palestina serán superiores en número a los judíos. Hoy, el Likud reconoce que está a punto de producirse el milagro y que ha desaparecido el peligro demográfico árabe, por lo que no hay necesidad de abandonar los territorios árabes ocupados, aunque por el momento, las presiones internacionales impedirán incrementar el ritmo del proceso de colonización. Indudablemente, objetividad no le falta al Likud, que lo utiliza como llamada a sus electores y que contribuye a poner freno a cualquier impulso de Israel para participar en unas negociaciones por la paz.

Aún hay otra razón. Se trata de los efectos del nuevo movimiento migratorio sobre las relaciones sociales internas, con el aumento de la influencia del sector de origen askenazi oriental de la población israelí.

De otra parte, la esperada inmigración procedente de la URSS hará invertir las relaciones de dependencia hasta ahora predominantes, según las cuales el Estado de Israel aparecía para los componentes de las oleadas de inmigración como un refugio protector de su desamparada situación de dispersión por el mundo, pero ahora con la nueva corriente anunciada de inmigrantes por venir pasan éstos a convertirse en salvadores demográficos del Estado de Israel. Con esta inversión de depen-

dencia, los políticos israelíes, se han lanzado a discusiones interminables, que tienen por finalidad perfilar cuál habrá de ser la política de integración que debe aplicarse a este nuevo núcleo de ciudadanos en su incorporación a la vida nacional.

Otra incógnita es la constituida por el posible lugar de asentamiento de los nuevos inmigrantes, particularmente si lo harán o no en los territorios ocupados. Concretamente, los datos de que dispone, correspondientes al año 1989, muestran que tomando como punto de partida la cifra de 12.814 emigrantes que llegaron al país, sólo se instalaron en dichos sectores menos del 0,5 por 100; es decir, sesenta y cuatro personas, lo que se esgrime para desdramatizar las afirmaciones de la propaganda árabe de los órganos de la OLP, que insisten en que, con toda seguridad, cada inmigrante judeosoviético ocupará un lugar que hoy está ocupado por un palestino.

Puede decirse que aunque nada permita una afirmación tajante e indiscutible, todo hace pensar que los inmigrantes procedentes de la URSS no van a establecerse en los territorios ocupados como lugar permanente de su asentamiento. Primeramente, por la debilidad de sus sentimientos sionistas, y después por su rechazo de las ideas nacionalistas y belicistas, estimulado durante sus años de estancia en la URSS. Estos recién llegados a Israel, poco atraídos por el tipo de vida en colonias, bajo el signo del colectivismo, le atraerán más bien las regiones costeras y la vida urbana que en ellas predomina, si es que encuentran libertad práctica para elegir el lugar de asentamiento y trabajo.

Económicas

También hacen aparición las dudas sobre las posibilidades de la absorción de este núcleo de judeosoviéticos que, oficialmente se puede dominar al considerar que la economía israelí está en condiciones materiales para afrontar esta prueba. Pero la realidad no se presenta tan optimista.

En primer lugar, piénsese en la construcción prevista de esas 45.000 nuevas viviendas y en las cargas sociales que representan los recién incorporados a la vida nacional israelí, tal como problemas sanitarios, de enseñanza del idioma, de adaptación profesional y otros semejantes derivados de la puesta en práctica de un programa de asimilación, habiéndose calculado, aproximadamente, en 1.250.000 pesetas el coste directo de la integración, durante el primer año, de una familia de tres personas y que, para el año 1990, el presupuesto nacional se aprobó y estableció tomando como hipótesis de la cifra de inmigrantes la de 40.000 personas que, aparentemente, ha resultado superada en un 500 por 100.

En el mercado de trabajo, también para el año 1990, se prevé la creación de 44.000 nuevos puestos laborales, a todas luces insuficientes para los 200.000 recién incorporados al mercado por la inmigración, cuando en el mes de enero de dicho año 1990 había un total de 94.500 personas en busca de empleo; es decir, un 30 por 100 más que en enero del año anterior. Hay que imaginar lo que supondría un millón de nuevos inmigrantes que, indudablemente, introduciría el caos en el mercado de trabajo.

Y no se modifica en mucho la situación por el hecho de tratarse de personal laboral muy cualificado, como pregonan fuentes oficiales para demostrar así su gran capacidad de integración, porque, aunque sea cierto que el 54 por 100 de los inmigrantes tiene formación universitaria y sólo un 21,3 por 100 son obreros, la capacidad de absorción de la economía israelí tiene también sus limitaciones para este personal,

dadas las dificultades de penetración que, hoy por hoy, presenta el mercado internacional para los productos que incorporan un elevado valor añadido.

A todo esto hay que añadir las corrientes inflacionistas que provocará el rápido aumento de la demanda interior, en circunstancias como las actuales, donde ya aparecen en forma continuada. Así, por ejemplo, el aumento de la demanda de inmuebles en las grandes ciudades que ha hecho subir, recientemente, los precios en una proporción cercana al 20 por 100.

Donde es posible que aparezca una salida para este personal cualificado es en un amplio programa de colaboración soviético-israelí, siendo bien conocida la preocupación de la URSS por mantener relaciones especiales con países tales como Taiwan, Corea y Hong Kong, donde se está produciendo un amplio desarrollo de industrias de alta tecnología. Israel podría incorporarse a este programa de relaciones especiales, sirviéndose de la presencia en el país de una sólida comunidad técnica de origen soviético. Por de pronto, a principios del mes de febrero del año 1990, se detectó la presencia en Israel de una delegación soviética que, actuando con gran discreción y eficacia, ha establecido numerosos contactos y ha firmado un protocolo de acuerdo para la compra de equipamiento agrícola y material para la transformación de energía solar. Igualmente, se ha anunciado la firma, en fecha próxima, de un acuerdo de *joint-venture* en el campo de la informática médica. Por otro lado, el ministro israelí de Agricultura anunció recientemente, la firma de un contrato que prevé la exportación de 90.000 toneladas de frutas y legumbres, que se enviarán en forma de comercio regularizado a la URSS.

Concluyendo, el resuelto optimismo oficial de los israelíes frente al problema de la inmigración parece falta de fundamento, siendo no pocos los que han dado la señal de alarma, habiéndose llegado a señalar que ante la llegada de los judeosoviéticos habrá de financiarse su incorporación activa a la sociedad utilizando fondos previstos para otras partidas presupuestarias, incluso para la Defensa nacional con la enorme sensibilidad que despierta todo cuanto con ésta se relaciona. Otros concluyen en que esta financiación debe ser aportada por fuentes ajenas al presupuesto nacional, habiéndose sugerido, entre otras, las que se obtuvieran de contribuciones de las comunidades judías en el extranjero y del propio Gobierno de los EE.UU.

Culturales

Se espera igualmente que la llegada de la oleada de inmigrantes judeosoviéticos imprima un sello de irreligiosidad a la identidad israelí y contribuya a dar un carácter laico al mismo Estado, que hoy anda a la búsqueda de una armonía institucionalizada con la minoría religiosa. Este problema de armonización se ha visto vivamente incrementado en importancia durante los últimos años por el exceso de protagonismo político de que gozan los pequeños partidos de inspiración religiosa, debido a las peculiaridades de una ley electoral que los convierte en árbitros de los grandes debates nacionales. Esta posición les posibilita incluso para la obtención de beneficios financieros y materiales desproporcionados al verdadero apoyo en que se basan dentro de la población, con el consiguiente despertar de tensiones sociales. Este aspecto del juego socioelectoral también se espera verse alterado por la llegada de nuevos judíos procedentes de la URSS, para los que no existe una plena identidad entre judaísmo y religión.

Dado el bagaje cultural de sus componentes, donde como se ha dicho, predominan intelectuales y universitarios, y su débil motivación sionista, habrá que pensar en

que su llegada a Israel producirá una fuerte impresión e impacto en el fenómeno migratorio, en cuya historia el deseo de adquirir una cultura típicamente israelí y la identificación sionista eran notas muy destacadas de los inmigrantes primeramente llegados al país. Por el contrario, hoy hay que admitir en los próximos inmigrantes un fuerte deseo de conservar la cultura que ya tienen adquirida y asimilada en los lugares de origen.

Así, esta amenaza de verse inmersos y asimilados de inmediato por la cultura israelí no existe en el caso de los judeosoviéticos que, en el espacio de un corto período de tiempo, han creado ya varias revistas y diarios rusos en sus lugares de nuevos asentamientos. Los telediarios se pueden ver con subtítulos en idioma ruso además del árabe, segunda lengua oficial del país, mientras en los supermercados es posible adquirir normalmente productos como *blinis* y otros típicos del pueblo ruso.

Por lo demás, la nueva inmigración está provocando voces de protesta en algunos sectores judíos, particularmente en los de origen sefardita que dicen que no se movilizaron tantos medios para su integración cuando ellos llegaron al país. Pero, la verdad es que la economía israelí no disfrutaba del grado de desarrollo de que ahora goza.

Finalmente, hay que hacer observar que una de las consecuencias inmediatas de este ola migratoria será el refuerzo de carácter askenazi del Estado judío de Israel, en el que sus habitantes procedentes de Europa central y oriental ocupan la mayoría de los puestos más destacados en los principales sectores económicos, políticos, sociales, etc. y que los nuevos inmigrantes no harán más que destacar dada su mayor formación intelectual.